

I
HUEVO GRANDE, HUEVO PEQUEÑO



La vida dentro de un huevo es terriblemente aburrida. Helíaca se pasa el día a oscuras. Y cuando Madre se levanta del nido, lo único que ve es una penumbra rosada. A veces oye cosas, eso sí. Sobre todo las discusiones de sus padres, siempre preocupados por algo: que si hubiera sido mejor construir el nido al otro lado de la sierra; que si el año que viene emigramos a Portugal; que qué pasa con los conejos...

«¿Al otro lado de la sierra?»

«¿Emigrar?»

«¿Conejos?»

Helíaca no entiende nada. Sólo sabe que ellos están fuera y ella dentro, donde no tiene necesidad de saber todas esas cosas.

La situación acaba siendo insostenible: tiene la cabeza entre las patas, el pico en el trasero y una uña de la garra derecha en el oído izquierdo. Intenta cambiar de posición y casi se estrangula a sí misma.

«Krrrr»

La voz áspera de su madre parece hablarle a ella por primera vez.

«¿Krrrr?»

—Sí, Helíaca, el diente. Lo tienes encima del pico y sirve para romper el huevo.

Da un picotazo a la cáscara. Nada.

—Dale más fuerte, sin miedo.

Helíaca golpea de nuevo y, a la segunda, nota que el pico se hunde en la membrana.

—Más fuerte...

¿Cómo quiere que le dé más fuerte? No hay espacio para darse impulso.

«A ver así».

Helíaca empieza a rascar con el pico con un movimiento vertical, como si asintiera con la cabeza a todas las aventuras que se avecinan al otro lado de la fina película que la separa del mundo. De pronto, un chasquido.

—Vamos —dice Madre—. Ahora en círculo.

—No —murmura asustada.

—No seas tonta. Aquí afuera hay un huevo más grande.

—¿Cómo de grande?

—Enorme.

—¿Pero cómo que un huevo?

—Sí, una esfera; azul si miras hacia arriba, parda si miras abajo. Está llena de un agua de colores fríos y calientes llamada aire que no moja y sirve para volar.

Arriba, abajo, azul, pardo, aire, agua...

Los mayores no se enteran de que a los pequeños no se

les puede hablar de cualquier manera y sin darles tiempo siquiera a preguntar. Helíaca empieza por el final.

—¿Qué es volar?

—Volar es un don, pero para descubrirlo tienes que pasar del huevo pequeño al huevo grande.

Helíaca no está convencida de que vivir en un huevo tan grande sea bueno y le da vértigo sólo de pensar en romper su acogedora casa; pero la vida nunca da marcha atrás.

—Vamos, vamos —dice su madre desde dentro de aquel famoso huevo grande al que Helíaca se dispone a salir.

—Bueno.

Madre levanta una esquirla de cascarón y la pequeña águila ve formarse una raya plateada sobre su pequeño y cálido universo. Aprieta los ojos, pero una luz de fuego le atraviesa los párpados. Respira por primera vez el olor pungente de las jaras, del tomillo, del cantueso. El aire de la dehesa le parece un gas ácido y mortífero; nada que ver con el aroma prenatal de su refugio embrionario.

—Venga, sigue tú.

—¡No! ¡Tapa el agujero!

—¡A la luz, Helíaca! ¡Vamos!

Helíaca sale empapada y aturdida. Madre ahueca las plumas y roza a la aguilita con sus tarsos mientras se echa lentamente sobre ella hasta cubrirla por completo.

—Ya está —dice envolviéndola en su cálido plumón.

Nadie supo que Helíaca lloró cuando finalmente arrambló con la cáscara a picotazo limpio. El susto le duró toda la vida.

II EL DÍA Y LA NOCHE



Pasaría mucho tiempo hasta que el Séneca y Neblí le enseñaran los secretos del alto vuelo y de la caza en copla, y hasta que los animales de la ciénaga la humillaran; pero no tanto hasta que su padre, el Gran Adalberti, desapareciera sin dejar rastro.

La frontera entre el mundo de las águilas y el de los hombres está a Oriente. Al sur, vastos campos de cultivo surcados por carreteras y pueblos que brotan de los llanos como grandes cristales de cuarzo. Todo lo demás son encinares hasta los dominios del águila real, en las pinadas de los altos de Guadarrama y Somosierra.

Helíaca acaba de salir del huevo pequeño al huevo grande. Estira el cuello, las alas y las patas una y otra vez bajo las plumas de su madre, sobre su enorme nido forrado con pelo de conejo. Debía de ser de noche porque ya había cesado la algarabía de rabilargos, u *ogralibares*¹, que dirían las urracas por esa manía suya de decir las cosas al revés. Helíaca no

sabía aún qué era una urraca o un ogradíbar, pero empezaba a comprender que el día era bullicioso y abrasador, y la noche silenciosa, secreta y llena de peligros.

¿Qué habrá allí fuera? ¿Cómo será el famoso huevo grande del que le habían hablado?

Helíaca asoma la cabeza a la noche y descubre la bóveda celeste de ese inabarcable huevo que de día llamamos “mundo” y de noche, “firmamento”. Escucha la misteriosa llamada de las zumayas² y el ulular del cárabo y del Gran Duque: el gran señor de la noche, pero sólo de la noche. Porque de día, quienes mandan en la dehesa son las águilas. Por eso, al amanecer, los búhos se esconden en las fresnedas y se convierten en troncos. Y por eso, cuando el horizonte tira del sol a poniente, las grandes rapaces también bajan del cielo y duermen con un ojo abierto y el otro cerrado.

III VOLAR ES UN DON



Han pasado dos semanas y ya empiezan a despuntarle a Helíaca en las alas los primeros cañones, pero aún le queda mucho para ser como su madre. Helíaca es una aguilita horrenda. Sus garras son demasiado grandes en relación al resto del cuerpo, especialmente en relación con su diminuta cabeza de chorlito. Su madre, sin embargo, está orgullosísima de su anatomía. Dice que con unas manos así podrá trabar cualquier liebre a plena carrera.

Cuando Helíaca la ve extender sus alas oscuras, dejarse caer al vacío y desaparecer para luego remontar como un péndulo y ascender en vertical, muere en deseos de ser como ella. Está dispuesta a tolerar el dolor infantil de sus primeras plumas con tal de crecer pronto, porque las águilas son orgullosas y altivas, y hay que reconocer que un pollo de águila tiene bastante más de pollo que de águila.

Helíaca lo nota en los ojos de los abejarucos que se posan en los cables al atardecer: ni siquiera se dignan a mirarla y, sin embargo, desaparecen con sólo ver a su padre en el horizonte.

Helíaca también quiere ser como él: aguerrida ante el rival, silenciosa en el vuelo e implacable en el agarre y muerte de sus presas. Cuando se marcha de madrugada, se lo queda mirando hasta que se convierte en una mota que parpadea en el aire antes de desaparecer; Helíaca desea saltar del nido y seguir sus huellas en el aire hasta encontrarlo. Envidia a las torcazas³ con su vuelo potente y decidido; a los buitres, capaces de quedarse suspendidos, pero no batiendo las alas como los cernícalos sino forjando pactos con el aire.

Helíaca mata las horas mirando el vuelo de las aves: de mirlos y zorzales, de ánades y cigüeñas, y hasta de las mismas urracas, esas falsas torpes del aire que parecen volar cojas y que sin embargo son capaces de esquivar la embestida de un halcón haciendo garabatos por el cielo como una mariposa. Y de las perdices, cuyas alas tamborilean como el tórax de un helicóptero, ese gran moscardón aspadado que se pasa el día de aquí para allá sin que nadie sepa exactamente qué come o a dónde va.

Helíaca es de Madrid. Sus padres construyeron su nido en una torre metálica del Monte del Pardo desde donde se divisan los rascacielos de la ciudad. Y las vías por las que pasan los trenes rojiblancos.

Shhhhhhhh...

—Los trenes van preñados de gente —le cuenta Antonio, un gorrión molinero anidado en una oquedad de la gran

plataforma de las imperiales del Pardo—. Y paren personas a cientos en unas madrigueras gigantes.

—Y tú cómo lo sabes —, le pregunta Helíaca.

—Me lo contó el año pasado un perro foxterrier que conocí en Valdemorillo, Alteza —dice el gurriato—. Me dijo que vivía en una casa muy grande con un césped muy verde con cedros y cipreses, hasta que un día se hartó de todo aquello y decidió largarse a ver el mundo.

—¿En tren?

—*Chirp* —asiente Antonio—. Me dijo que una mañana siguió a su amo hasta un sitio donde el tren se para y se abre y que, al llegar a la ciudad, el tren se cuele en una zorrera. Y que luego las personas se bajan y se dedican a hacer el helicóptero.

—¿Cómo que a hacer el helicóptero?

—*¡Apulular! ¡apulular!* —apunta una tórtola desde el cable.

—Eso es, “a pulular” de un lado a otro —explica el gurriato—. El perro me dijo que luego anduvo perdido por la ciudad durante mucho tiempo hasta que logró escapar.

—¿En tren?

—*Chirp*. Se bajó en una estación al buen tuntún y empezó a caminar campo a través. Al final acabó en Valdemorillo atado a una estaca en casa de un gañán.

Las águilas odian a los hombres y siempre guardan las distancias con las personas y sus cosas, enseñan a sus vástagos a confiar sólo en lo abrupto: en las siluetas de las montañas que cambian continuamente según cómo les dé el sol

o dónde se pongan las nubes; en el poroso perfil del bosque, o en la faz de la Luna y sus mil cicatrices de roca. Aprenden desde niñas a recelar de todo lo bruñado y lo rectilíneo: de las vías del tren, de la trayectoria de los aviones y de los coches; de los picos y aristas que forman los campos de cultivo vistos desde el aire. Pero no pueden resistirse a construir sus nidos en las grandes atalayas que les proporcionan las torres de alta tensión.

Helíaca mira con inquietud las teselas de monte a través de las vigas y travesaños.

IV PADRE Y MADRE



Los padres de Helíaca suelen posarse en el brazo izquierdo de la torre de enfrente. Los distingue perfectamente porque él es bastante más pequeño. Y no es que su padre fuera especialmente bajito, es que los torzuelos de águila son más pequeños que las primas⁴; un tercio más pequeños para ser exacto.

El padre de Helíaca es un torzuelo callado con ojos como puñales. Helíaca se lo queda mirando cuando llega el atardecer: una línea horizontal en la distancia que se va haciendo cada vez más nítida a medida que se acerca batiendo las alas con suavidad. Parece que trae algo en las garras. Sí, una bola marrón desdibuja su silueta oscura. Es una liebre, la segunda del día.

—Tu padre no falla —le dice su madre.

¿Y qué dice el Gran Adalberti? Nada. Se limita a dejar la presa en el nido. A Helíaca ni la mira, ni siquiera cuando están a solas. Se queda allí, en silencio, devorando los montes con la mirada, como si guardara un gran secreto.

Circulan muchos rumores de sus hazañas.

—¡Muy violento! —dice de él Pervis, el halcón abejero—.
¡Un predador implacable!

El Gran Adalberti es admirado y respetado por todas las criaturas de la dehesa. Dicen que una vez se lanzó a por una cigüeña negra y que, al ver su silueta en el aire, la zancuda prefirió cerrar las alas y dejarse caer al vacío. Dicen que una primavera mató a un jabato de cinco arrobas agarrándolo por la jeta hasta asfixiarlo. Y que persiguió a un cazador furtivo por la espesura y lo tuvo acorralado en unas zarzas hasta que se hizo de noche.

El Gran Adalberti no tiene miedo de nada ni de nadie, y se dice que hasta las águilas reales hacen la vista gorda cuando invade su territorio lanzándose a tumba abierta por la Garganta del Espinar.

—De otra liga —dice Pervis.

A Helíaca se le aparecía en sueños volando bajo, extendiendo y plegando las alas, y abriendo la cola en abanico como un azor en un matorral que no era de jaras y retamas, sino de lanzas y cuchillos.

¿Dónde estará? Helíaca prefiere pensar que simplemente abrió las alas al viento y dijo, “vamos”; sí, el Gran Adalberti extendió las alas y se fue a atravesar horizontes. Sueña que regresará de Oriente tras haber recorrido la Gran Dehesa del mundo. En aquel sueño que Helíaca da como cierto, su padre vuelve al nido, la mira con ternura y le cuenta sus lances de caza.

V
LA DEHESA



Si el calor llega pronto en primavera, a los conejos se les empiezan a hinchar los ojos y se van quedando muertos por las trochas. Eso les viene bien a todos los predadores, porque los pobrecitos conejos deambulan aturdidos y los pueden cobrar sin jugarse la vida. Pero pasado ese tiempo, el pánico se apodera de la dehesa.

Este verano, el mal de ojos está arrasando con los conejos. La dehesa es una casa de locos: los zorros se pasan el día acechando topillos y saltamontes y, aun así, a más de una madre se le ha muerto de hambre la camada entera en la zorrera; las torcazas tienen que jugársela construyendo sus nidos en las ramas más altas y endebles de las encinas, porque las ginetas⁵ y las garduñas⁶ andan al expolio a toda hora; las urracas también están alborotadas porque los azores y los buteos, que prefieren mil veces la carne rosada del conejo a la negra y correosa de grajos y maricas⁷, las acosan continuamente para sacar adelante sus

nidadas. Y los conejos que sobreviven a la peste estacional, recechados a todas horas del día por tierra y por aire, sólo se atreven a salir de sus madrigueras de noche cerrada.

Los predadores están nerviosos. ¿Por qué los priva la Naturaleza de ese bocado indispensable en plena primavera, justo cuando les toca sacar adelante a sus pequeños?

El Gran Adalberti no se queja. Si hay que salir más temprano, sale más temprano y si hay que volver más tarde, vuelve más tarde, pero siempre llega al nido con algo, aunque sea un lagarto ocelado, una comida más propia de milanos y aguilu-chos. Pero a Helíaca jamás se le ocurriría protestar.

Pasada la media noche en el Monte de Pardo, los ruiseñores dejan de cantar. El silencio súbito despierta a Helíaca, que se queda con los ojos abiertos mirando la noche iluminada por el destello perenne de la ciudad.

Helíaca no ve a su padre, pero sabe que está allí mirán-dola en silencio.

—¿A dónde vas? —le dice. Intuye que está a punto de marcharse y que no volverá a verlo más. Él no le contesta. Helíaca quiere pedirle que la lleve con él, pero le queda todavía un buen trecho para ser un águila voladora. No se le ocurre pensar en las penurias que tendrán que pasar ella y su madre en su ausencia. Imagina, eso sí, el viaje de su padre a las estrellas.

Una leve perturbación en el metal dice a Helíaca que su padre se ha ido. Se ha marchado en silencio, sin despertar a su madre ni a la Sierra de Guadarrama, apagada ante sus ojos sedientos de luz.

Cuando llega el alba, el Gran Adalberti no está en la

torre de enfrente. Lo esperan todo el día. Al caer la noche sigue sin volver. Madre le dice que no se preocupe, que se le habrá hecho tarde en una nava⁸ cerca de La Pedriza donde le birla las fochas⁹ a un aguilucho cenizo y que seguramente habrá decidido pasar la noche en el roquedo.

—Adalberti se ha ido a la Luna, madre.

Al día siguiente sigue sin aparecer. Y a la tercera mañana, su madre tiene que dejarla sola para ir a cazar.

VI URRACAS Y OGRALÍBARES



Como todos los grajos, la urraca y el ogralíbar se entienden muy bien entre sí y conspiran desde el principio de los tiempos contra todas las aves rapaces del mundo, ya sean pequeñas y nocturnas, como el mochuelo, o grandes y diurnas, como las imperiales del Monte del Pardo.

Helíaca no alcanza a comprender qué provecho podrían sacar las urracas de toda esa energía gastada en estorbar al prójimo. Sobre todo en la dehesa, una tierra hambrienta que da a cada uno lo justo. Y, sin embargo, se pasan el santo día acosándoles y molestándoles, y sembrando cizaña entre rapaces nocturnas y diurnas.

Sólo marcharse su madre, aparece una vieja picaraza⁷ que manda mucho en aquella parte de la dehesa.

Raca, raca, grita la urraca, gárrula, cabrona, chivata...

—¿Arroz a la zorra? ¿Te ha aborrecido tu madre?

—¡Que te pires!

—*DÁBALE EL ABAD* —vocifera la urraca haciendo estremecer a Helíaca.

—Tengo un recado *apaputarap*, o sea “para tu papá”.

—Nada de lo que puedas decirle me interesa.

La urraca tira de palíndromo.

—¡Acaso hubo búhos acá!

—Oye, si quieres decirme algo, desembucha.

Otro palíndromo: —Sé verlas al revés.

—Escucha —prosigue la urraca bajando el tono.

La urraca mira al águila fijamente, casi con cara de pena y susurra:

—El búho anda cerca. Y tiene el nido donde yo sé dónde.

—¿Y eso quién te lo ha dicho?

—Rabilargo ogralíbar

—Mi madre dice que las águilas y los búhos estamos en paz.

—¡Arroz a la zorra! —grazna con sorna la urraca—. Conque en paz, ¿eh? Y dime, ¿cómo puedes estar segura de que el búho no va a venir a medianoche?

—Eso me parecería muy... muy... ¡radical!

—¡Radical! ¡Radical! —carcajéase la urraca—. *¡DÁBALE EL ABAD!*

—¡Que te pires te he dicho!

—Aún tienes mucho que aprender, mi niña.

«¿Su niña?»

—Aquí lo único radical es el hambre —murmura la blanquinegra—. Si tu padre no ataca primero, será el búho quien venga por la noche a arrancarte las alas.

La urraca se le queda mirando en silencio. Sus ojos negros

apenas se ven sobre su negra cara. Helíaca tan solo distingue la lengua roja y viscosa del ave que jadea con el pico entreabierto.

—Si tu padre no ha atacado aún al Gran Duque es porque tiene el nido escondido —dice—, pero lo que te quería contar es que uno de los pollos del búho ya va ramoneando por el fresno. Escucha —le dice bajando la negra cabeza frente al blanco de su pecho—. Sería muy fácil cazarlo.

—Y para qué se va a enemistar mi padre con el Gran Duque —responde Helíaca—. Además, mi padre hace días que no viene.

La urraca alza la cola y lanza un excremento.

—¿Ah, no? —pregunta con una voz diferente, más melosa y tranquila.

—Bueno, pues si tu papá no está, no digo nada —dice, pero en vez de recular, da varios pasos adelante.

Helíaca no acaba de comprender a qué juega. Sabía que las urracas son grandes expoliadoras de nidos, pero ¿se atrevería con un pollo de imperial? Helíaca tiene mucho miedo de la urraca y trata de intimidarla.

—Ayer comí urraca.

—Aún no ha nacido un águila capaz de cazar una urraca —responde confiada la marica.

—Tampoco ha nacido una urraca capaz de matar a un águila —le responde Helíaca.

A la picaza le entra un ataque de risa.

—*A la zorra, a la zorra, arroz a la zorra* —repite una y otra vez con su voz áspera, antipática, criminal...

—*Dábale el abad* —le contestan otras urracas a lo lejos.

—*Karne-kakarne-kakarneka* —replican varios ogralíbares.

—¡*Akiay, akiay!* —avisan varias grajillas sobrevolando la torre.

—¿Un águila? —se burla la urraca—. Tú no eres un águila, tú eres un... ¡pollastre!

Y otro pasito más.

Sin pensarlo dos veces, Helíaca lanza una garra y trinca a la urraca del pecho.

¡ARROZ A LA ZORRA! ¡ARROZ A LA ZORRA!

Una excitación nueva se apodera de Helíaca. El pájaro se queda inmóvil, rendido a la fuerza explosiva de los tendones de la joven águila, que le tensan el cuerpo de punta a punta como si los cincuenta mil voltios de la torre comprimieran su puño de águila prima. Helíaca jadea con la mirada clavada como un fierro en los ojos de su presa.

Toda la astucia, el peligro y la maldad de la urraca quedan reducidos a nada. Su vida le pertenece. El córvido grazna sin parar, pero permanece quieto como el acero de la torre. Las voces de las demás se oyen cada vez más cerca.

Helíaca alza la cabeza y ve decenas de urracas y ogradíbarres volando hacia el nido con su arrítmico aleteo.

—¡DÁBALELABAD! ¡DÁBALELABAD! —gritan las urracas, que responden a los gritos de sus hermanas llamándose y alarmándose en una creciente espiral de ruido.

—¡DÁBALELABAD! —grita una picaza enorme mostrando un destello azulado.

La presa ya no dice nada. Tiene un ojo abierto, el otro cerrado y una pequeña herida en la cabeza.

Helíaca afloja el puño y la urraca cae muerta.